

sabe V. que no reconoce á gefe alguno; pero sí de los amigos que tengo en Méjico. A Del Rio no hay que decirle por ahora nada, sino mas adelante: á Miguel López y á otros gefes, nadie mejor que V. puede hablarles.

—Pues bien, dijo Comonfort, mis amigos me hablan contra la constitucion de 1857, y veo en esto conformes á los hombres de todos los partidos: así, no me empeño en sostenerla; pero es menester explorar la opinion de la nacion: si ella es contraria á la constitucion, no hay que imponérsela á fuerza; pero si los hombres influentes opinan que debe sostenerse, yo la sostendré á todo trance, ó, en último caso, presentaré mi renuncia al Congreso.

Despues de hablar de algunas otras cosas ya de menor importancia, quedó convenido, que el Sr. Baz marcharia á Veracruz; que yo escribiria al Sr. Parrodi, al general D. Tomas Moreno, que era comandante general de Tampico, y á los amigos de Veracruz; que Siliceo marcharia á Guanajuato, García á Jalisco y D. Alejo Barreiro á encontrar al general Echagaray. Zuloaga se encargó de escribir á Huerta, á Liceaga, á Moret y á algunos otros gefes. Quedó tambien convenido que yo continuaria en el Ministerio de Hacienda.

Cosa de las tres de la mañana, el Sr. Comonfort y el Sr. Baz se ciñeron sus *revolvers*, y se

volvieron á Méjico en el coche de palacio, admitiendo á muchas instancias unos cuantos dragones para que los escoltaran hasta la capital.

IV.

¿Qué juicio formarán los que lean el capítulo anterior, del origen singular de esta revolucion, y de las personas que, no teniendo quizá nada que desear, ni nada que apetecer en punto á cargos y distinciones públicas, se reunieron en el silencio de la noche á reformar el mundo, como suele decirse, y en sustancia á conspirar contra su propia tranquilidad, contra sus propios intereses, contra su propia vida, tal vez? Yo no lo sé: lo que puedo asegurar es, que así pasaron las cosas, y que puedo haberme equivocado en alguna que otra palabra, pero que la sustancia la he referido con cuanta fidelidad es posible á la memoria humana.

En esta ligereza aparente con que se dispo-

nia, no una traicion al partido liberal, como se probará en el curso de estas memorias, sino un cambio de política, habia razones de conciencia y de humanidad, profundamente graves y serias.

Para exponerlas, con cuanta precision sea necesaria, es menester, como en todo el curso de este escrito, volver á echar una mirada retrospectiva, y decir algo del carácter del Sr. Comonfort y del arzobispo D. Lázaro de la Garza, al ménos, segun mis observaciones, que bien pueden no ser enteramente exactas.

Hace como doce años que conocí á Comonfort, formando parte de la tertulia de moderados que se reunia en la casa del Lic. D. Mariano Otero. Poco sé de su biografía: pasaba desde entónces por liberal, por hombre de un carácter amable y servicial, que vivia principalmente de su trabajo del campo, y que habia desempeñado puestos civiles de prefecto, de diputado y de senador. Cuando la campaña de los americanos, se dió á conocer por un rasgo de nobleza y de patriotismo: enemigo del general Santa-Anna, ó al ménos de su política, todo lo olvidó, y se puso á sus órdenes; y patriota desinteresado, todos le vieron en la campaña del valle de México, combatiendo contra los americanos, en union del Sr.

D. Antonio de Haro, con el valor que podria tener un viejo soldado.

La respetable é inteligente junta de Crédito Público, que entónces manejaba las rentas marítimas, lo nombró administrador de la Aduana de Acapulco: allí, viéndose injustamente removido por la administracion del general Santa-Anna, acusado de revolucionario, y privado de una parte de la fortuna que habia adquirido, persiguiendo el contrabando y cumpliendo con su deber, no le quedó mas arbitrio que reunirse con el Sr. Alvarez, y volverse uno de los caudillos y sostenedores del plan de Ayutla, que él reformó en Acapulco.

Comonfort sacó la revolucion del Sur, donde hubiera permanecido estacionada años enteros, y la llevó triunfante y amenazadora por los Estados de Jalisco y Michoacan; aunque á decir verdad, la revolucion de Ayutla, de que tanto se queja y se quejará el partido conservador, triunfó por sí sola, ó mejor dicho, la hizo triunfar el mismo partido conservador. Adherido íntimamente á la suerte de una administracion puramente militar, cuando faltó el caudillo, faltó todo, y mas de cuarenta mil hombres de tropa de línea fueron sucesivamente entregando las armas, y desocupando las capitales, ante una reunion comparativamente corta, de gente sin disciplina, sin armas y sin

caudillos de experiencia; y los hombres del partido conservador vieron impasibles, mejor dicho, atemorizados, derrocarse su poder, y volar todas sus esperanzas, que se llevaba por esos mares el gefe del Ejecutivo. Comonfort era entre los hombres de la revolucion de Ayutla, el que habia desplegado mas valor, mas constancia, mas actividad y mas energíá, sin mancharse en las correrías con actos de vandalismo; era, pues, natural que este hombre, que deberia considerar al ejército, pacificar la República removida de uno á otro extremo, y poner un mediano órden en un caos administrativo, que prometia no tener término, subiera, como subió, á la cumbre del poder: así es como Comonfort se elevó á la presidencia de la República. La mayoría de la nacion, que lo que deseaba, era la paz, lo recibió bien, el partido liberal exaltado con recelos y desconfianza, y el clero, como á la mayor parte de los gobiernos, friamente; mejor dicho, mal.

El excelente carácter privado del Sr. Comonfort sufrió muy ligeras modificaciones en la cumbre del poder: afable y atento con todo el mundo, prudente en sus deliberaciones, con un corazón inclinado á hacer el bien, y con un deseo que yo creía, y creo todavía, muy sincero y ardiente para consolidar la paz pública, es verdad que tuvo que aprehender, que desterrar, que hacer lo que hacen todos los gobiernos que se ven

atacados por la revolucion, desde el primer dia que comienzan á ejercer el poder; pero tuvo el talento necesario para mantener, durante dos años, la administracion; la bastante energíá para arrostrar con todas las rebeliones á mano armada, y la suficiente cordura para no retirarse del poder con las manos manchadas en la sangre de tantas y tantas personas, como cayeron en su poder, y que pudo haber mandado al patíbulo, con el apoyo de esas bárbaras leyes llamadas de conspiradores, que los gobiernos juzgan como su mas sólido apoyo, y que, ó no son ejecutadas, ó se convierten despues en contra de los mismos que las dictaron ó las sugirieron.

Comonfort, como si fuese una viva personificación del carácter mexicano, es incapaz de resistir á las súplicas y á las buenas palabras: su falta de energíá para negar frente á frente lo que no puede conceder, lo ha hecho aparecer falso; pero en medio de todo, en su gobierno se manejó con una completa independenciam, llevando adelante su sistema propio de ir introduciendo poco á poco las innovaciones; de tolerar ciertos abusos por evitar males mayores; de transigir en los negocios, cuando no era posible llevarlos adelante; de no excluir ni desairar enteramente á los del partido exaltado, dando tregua á sus exigencias; de no dar el dominio ex-

clusivo al partido moderado; de olvidar las injurias y aun pagar á sus enemigos con favores los agravios, y de no perseguir, sin una necesidad absoluta, á los que Lafragua bautizó con el nombre de *reaccionarios*, y de sostener á veces contra viento y marea sus determinaciones, formándolas cuestiones de amor propio. Conjunto de debilidad y de energía, de docilidad y de capricho, de benevolencia y de rigor, en pocas ocasiones, ninguno de sus ministros puede decir con verdad, que lo dominó, ni ninguno de sus amigos que influyó en su carácter de una manera absoluta y decisiva. Estudiando un poco el carácter de Comonfort, se puede muy bien concebir que lo que se ha llamado golpe de Estado, era muy análogo á su modo de obrar, y que sus planes ulteriores eran no dar exclusivamente el triunfo á la reaccion, ni tampoco seguir en esa carrera de reformas, que encontraban una viva y permanente oposicion, no solo en el jefe de la Iglesia, sino tambien en la conciencia de una multitud de personas, á quienes era preciso considerar en sus creencias religiosas.

Estas observaciones que, repito, pueden no ser exactas, explican la consideracion y respeto del Sr. Comonfort por el general Alvarez, el tratado con Vidaurri, la preponderancia de D. Juan José de la Garza en Tampico, la influencia de

Doblado en el interior, la conservacion de las armas en manos de los puros, la predileccion por ciertas brigadas de línea, la subsistencia de los frailes, y la expedicion de la ley de 25 de Junio; la amistad íntima con los hombres del partido moderado, á quienes hacia gobernar con las ideas de la fraccion exaltada; en una palabra, ese sistema de equilibrio, que podrá ser bueno ó malo en política ó en moral, pero que sea como fuere, lo mantuvo de una manera que puede llamarse extraordinaria en el poder, durante mas de dos años, y que lo conservaria todavía, á no haber sido por los sucesos de Diciembre.

Dirémos algo del señor Arzobispo, y ya explicaré mas adelante por qué tengo necesidad de ocuparme en hablar de esta persona respetable. Poco sé tambien de la biografía del Sr. Garza: él me ha dicho que nació en Nuevo-León, y que estudió en el seminario de México. Lo conocí, hace muchos años, de cura del Sagrario: severo, frio, reservado, estaba sentado siempre en el confesonario, ó explicando el Evangelio en el púlpito, y cumpliendo con sus deberes de párroco.

Nombrado obispo de Sonora, marchó á aquellas tierras lejanas, y sin mezclarse jamas en las diversas cuestiones políticas que hubo en aquellos Estados, dedicó sus ahorros á hacer caridades y edificar un colegio. En tiempo de la administracion del Sr. Herrera, y formando yo

parte de su Ministerio, se trató de la provision del arzobispado de México. Esta administracion, que no era muy del gusto del clero, á pesar de que nada le pidió, ni en nada le molestó, pensó en la persona mas digna y mas virtuosa; y sin empeños, sin resortes ningunos, sin que lo supiese el mismo Sr. Garza, lo presentó á Roma. Aprobado que fué, le mandé, por conducto del Sr. D. Isidoro de la Torre, ocho ó diez mil pesos, á cuenta de sus congruas atrasadas; y con esto pagó sus deudas, hizo algunas limosnas, y con una sotana vieja, y montado en una mula, vino á tomar posesion de la mitra de México. Pobre aquí, como en Sonora, en su ajuar, en su vestido y en su mesa, todo lo que no necesita para sus módicos gastos, lo da de limosna: un carácter así, y una conducta modesta y siempre virtuosa, no dejan de ser invulnerables.

El Sr. Garza, ageno, sin embargo, á otros estudios y á otra práctica del mundo, es enteramente extraño á los negocios: hablarle de caminos de fierro y de mejoras materiales, es hablarle en griego: proponerle esta ó la otra combinacion de rentas, de bonos, de desamortizacion, de capitales para pagar tales ó cuales deudas, ó para obtener tales ó cuales recursos, es hablarle de usura y de operaciones reprobadas y pecaminosas; en una palabra, es tiempo perdido tra-

tar con él asuntos que no sean exclusivamente de su ministerio. Se dirá que un arzobispo no tiene necesidad de saber nada de esto: es una verdad; pero ha sido un mal en estas circunstancias, porque el gefe de la Iglesia de México ha tenido, hace tiempo, la necesidad de tratar otros negocios, que no son los de su mera administracion, y que interesán de una manera grave al reposo y á la tranquilidad de la sociedad en que vivimos.

Severo y sostenido en su carácter, el Sr. Garza jamas cede, ni en las cosas pequeñas, ni en las grandes, á influencia alguna: frio y lacónico con el clero, jamas ninguno ha podido decirle la verdad, ni hablarle con franqueza; inflexible cuando forma una opinion de conciencia, desvia la conversacion, é inclina la cabeza, manifestando disgusto de la contradiccion, y hace sin remedio alguno, lo que allá en el fondo de su cerebro habia meditado. Esta energía, reforzada con el desprendimiento de todos los bienes humanos, con la práctica de una filosofía cristiana y con la esperanza de una recompensa en la otra vida, hace del varon mas humilde y mas modesto, que ha ocupado la silla arzobispal, un personaje verdaderamente terrible. Así, tambien por los rasgos mas marcados del carácter del Arzobispo, se explica su conducta en todos los

lances que ha tenido necesidad de sostener con el gobierno; y su resistencia á todo, sin tregua, sin medida, sin esperanza, como lo es hoy la del conjunto moral, que compone el gobierno de Veracruz.

Estos son los dos personajes notables que se pusieron frente á frente, esta la personificación de la lucha y de la revolución. Si Baz formó, ó no, una pequeña intriga; si yo admití ó renuncié el Ministerio; si Zuloaga hizo tal ó cual cosa, todo eso quiere decir bien poco: son accidentes que trae consigo todo acontecimiento; pero la sustancia, el alma, la revolución real y positiva, eran los dos principios representados por el jefe del Estado y el jefe de la Iglesia.

Vamos á ver cómo se fueron levantando estas dos poderosas entidades, y cómo el sacrificio del jefe del Estado fué no solo inútil, sino dañoso á los grandes intereses de la masa de la nación.

La primera cuestión, según puedo recordar, fué la de fueros. Desde tiempos atrás no existía fuero para el clero en los asuntos de hacienda pública, en los de comercio y en los de policía: ¿cuál era, pues, la importancia de la cuestión? ¿cuál el agravio que se hacía al clero con quitarle únicamente el fuero en los negocios civiles, cuando él, como actor en la mayor parte

de los casos, con esa y sin esa ley, tenía que ocurrir á la autoridad civil que le administraba justicia con regularidad, en sus demandas de pago de rentas, de réditos y de capitales? Sea lo que fuere, con perjuicio de la tranquilidad y del sosiego de una sociedad, que lo único que apetece, hace años, es seguridad y paz, se comenzaron á disputar los principios.

Respecto á la ley de 25 de Junio, hubo otras circunstancias que no es del todo inútil referir: después de la campaña de Puebla, los recursos se agotaron enteramente. Era necesario un nuevo ministro, con un nuevo plan y con un nuevo proyecto que produjese algunos cientos de miles: así han vivido todos los gobiernos hace muchos años, y así han de vivir todavía, mientras no se comience por el principio, que es organizar el sistema de hacienda, y procurar el modo de vivir con economía. Salí yo, pues, del Ministerio, y entró á desempeñarlo el Sr. Lerdo de Tejada.

Siempre la vista del gobierno, urgido y pobre, se inclina naturalmente á donde está el dinero: por vía de préstamo era imposible obtener nada del clero. Con mil afanes y súplicas, conseguí que cuando se reunió una junta de particulares, prestase el clero cuarenta y tantos mil pesos. Estos fueron todos los grandes auxilios á